

exterior de respeto y adoración. La oración pública, el canto de los salmos, la celebración de la cena, el Bautismo, las genuflexiones, etc., serían tan contrarios al culto espiritual, como la oblation de un sacrificio.

Si hubiésemos de dar crédito á los protestantes, el único sacrificio de la Iglesia sería el que hizo Jesucristo de sí mismo sobre la cruz para redimir al mundo, y una vez hecho esta sacrificio, no se podría renovar, porque es de un mérito infinito y sólo ofrecido para siempre. Desde aquel momento no pueden los fieles celebrar sacrificios sino impropios, que consisten en ofrecer á Dios los sentimientos de su corazón, sus oraciones, sus alabanzas, sus votos y sus acciones de gracias; y es preciso entender en este sentido todo lo que se dice en el nuevo Testamento de los sacrificios, de los altares, de las víctimas y del sacerdocio de la ley nueva.

Es bien extraño que los protestantes hayan conseguido seducir á algunos talentos despegados con un sistema tan mal concebido.

1º Podemos oponerles el cuadro de la liturgia cristiana trazado por S. Juan en el cap. 5 de su Apocalipsis, donde presenta un altar, un cordero en estado de víctima, los sacerdotes que le rodean, y todo el aparato de un verdadero sacrificio, sin que nada falte.

2º Las víctimas espirituales, las alabanzas, las oraciones y las acciones de gracias fueron necesarias en la religión de los patriarcas y en la de los judíos, como en la religión cristiana, y son la base del verdadero culto. Podremos creer que Abel, Noé, Abraham, Job, Jacob, y los judíos verdaderamente virtuosos se limitaron solo al exterior en sus ofrendas y sacrificios, sin añadir á ellos los mismos sentimientos de piedad que deben acompañar á los nuestros? Declara Dios en mil partes de la Sagrada Escritura que ningún culto puede agradarle sin estas disposiciones del corazón. Ya en el antiguo Testamento las oraciones, alabanzas, etc. se llaman sacrificios y víctimas, *salm. xlii, 14*. Inmolad á Dios un sacrificio de alabanzas, v. 23, me honrará este sacrificio *salm. cvi, 22*, que me ofrezcan sacrificios de alabanza, etc., *vitulos labiorum*, Oséas, xiv, 3. Sin embargo quería Dios que los patriarcas y los judíos le ofreciesen víctimas reales y sacrificios sensibles, y dicho está que fueron agradables á Dios. Es verdad que en aquel tiempo no se había ofrecido aun en realidad el sacrificio de Jesucristo; pero ya estaba en los designios de Dios, porque en el *Apocalipsis*, xii, 8, se llama el Cordero inmolado desde el principio del mundo; así quiso Dios que el sacrificio

se representase de antemano desde la creación, y estas ceremonias tomaron de él todo su valor; y ¿en qué parte prohíbe Dios presentarle aun en nuestros días para conservar y perpetuar su memoria? Dirán los protestantes que se conserva bastante en la Sagrada Escritura; pero veremos que esto es falso, y que los socinianos pervirtieron el sentido de todos los testimonios de la Sagrada Escritura respecto al sacrificio de Jesucristo en la cruz.

3º Según la doctrina de S. Pablo, los sacrificios de la ley antigua, las víctimas ofrecidas sobre los altares, el sacerdocio de los levitas, la dignidad de pontífice, el santuario del templo, etc., se llamaban así con toda propiedad y sin ninguna metáfora, solo porque representaban el sacrificio, el sacerdocio, el pontificado y las augustas funciones de Jesucristo. Ahora bien, es un absurdo imaginar que un cuadro profético es mas agradable á Dios, y tiene mayor eficacia que un cuadro conmemorativo; que una ceremonia destinada á recordar el sacrificio de la cruz, y á que se nos apliquen sus frutos, no debe llamarse sacrificio, oblation, víctima, sacerdocio, etc.; que esta conmemoración deroga la dignidad del sacrificio de la cruz, y que no la derogaban las figuras que le anunciaban.

4º S. Pablo, en la *Epist. á los Hebr.*, xii, 10, dice: «Nosotros tenemos un altar del cual no tienen derecho á participar los que sirven al Tabernáculo,» esto es, los sacerdotes y levitas de la ley antigua. Pues bien, sin duda tenían derecho para participar de los sacrificios espirituales y de las víctimas llamadas comunes á todas las religiones, de los cuales ningún mortal está excluido. Es preciso pues que S. Pablo admitiese algo mas en el cristianismo. *Epist. á los Hebr.*, vii, y sig.

5º El origen del error de los protestantes está en la repugnancia á reconocer en la Eucaristía la presencia real de Jesucristo; pero hemos probado en dicho artículo que este es uno de los dogmas mejor fundados en la Sagrada Escritura y tradición, que confiesa la fe católica, y el cual está unido esencialmente con todos los demás. V. PRESENCIA REAL.

6º Cuando se tomaron la libertad de explicar en sentido impropio y figurado todas las expresiones de la Sagrada Escritura relativas al sacrificio de los altares, enseñaron los protestantes á los socinianos á interpretar de la misma manera todas las que dicen relación al sacrificio de la cruz y al sacerdocio

eterno de Jesucristo. Este, dicen los unitarios consiste en que Jesucristo continúa en el cielo intercediendo por nosotros con su Padre: su muerte sobre la cruz no fué mas que un sacrificio impropio, en el cual Jesucristo á la hora de su muerte oró por los pecadores, y con la muerte confirmó toda su doctrina. Así cree la temeridad de todos los herejes, después que se atribuyeron el privilegio de dar á la Sagrada Escritura el sentido que los acomoda.

La falsedad de la opinión de los socinianos salta á los ojos. S. Pablo, en la *Epist. á los Hebr.*, vi, 17, aplica á Jesucristo estas palabras del *salm. cix, 4*. «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedech.» En el v. 23 compara este sacerdocio eterno de Jesucristo con el sacerdocio transitorio de los hijos de Levi, y le llama pontífice santo, inocente y sin mancha, que no necesita ofrecer todos los días víctimas por sus propios pecados, y por los de su pueblo, sino que lo hizo de una vez, ofreciéndose á sí mismo, v. 26 y 27. En el c. 8, v. 6, dice que el ministerio de Jesucristo es mas augusto que el de los sacerdotes antiguos, en cuanto es mediador de una alianza mas perfecta. Y en el c. 9, v. 7, añade que el pontífice de los judíos que entraba una vez cada año en el santuario, donde ofrecía la sangre de una víctima por sus pecados y los del pueblo, figuraba á Jesucristo pontífice de los bienes futuros, que entró en el santuario del cielo, no con la sangre de los animales, sino con su propia sangre, para verificar una redención eterna, redimiendo con su muerte las prevaricaciones cometidas en la antigua alianza, etc., v. 13. Que se mostró una vez para observar los pecados con su propia víctima, v. 28.

Ahora bien, si el sacerdocio, las víctimas y los sacrificios de la ley antigua, siendo simples figuras de los de Jesucristo, eran sin embargo un verdadero sacerdocio, víctimas y sacrificios propios y rigurosamente tales, ¿por qué no lo ha de ser con mucha mas razón el de Jesucristo? Es un absurdo el suponer que el nombre y la idea de una cosa convienen mejor á la figura que á la realidad; luego en este sentido propio y riguroso es Jesucristo verdadero sacerdote y pontífice, su carne y su sangre una verdadera víctima, y su muerte sobre la cruz un verdadero sacrificio.

En esto nada decía de nuevo S. Pablo, porque ya el profeta Isaías, hablando del Mesías, había dicho: «Los puso sobre sí la iniquidad de todos nosotros; será conducido á la muerte como un cordero... si da su vida por el pecado verá una larga posteridad... y llevará

sobre sí las iniquidades de ellos,» etc.; c. 53, v. 6 y siguientes. Así pinta el profeta al Mesías, no solo como una víctima ofrecida por el pecado, sino también como un sacerdote que le ofrecerá á sí mismo, y por lo tanto su muerte es como un sacrificio expiatorio.

Muertos diferentes testimonios de la Sagrada Escritura nos parecen tambien de igual fuerza para refutar á los protestantes. En el artículo EUCARISTIA, § 5, hicimos ver que Jesucristo, realmente presente en los altares en virtud de las palabras de la consagración, continúa ofreciéndose á su Eterno Padre, como víctima por los pecados de los hombres por mano de los sacerdotes, y que por lo mismo esta oblation es un sacrificio tan verdadero y real, como el que se ofreció en la cruz. Convienen los protestantes en que la ofrenda de las antiguas víctimas era una figura del sacrificio eterno de Jesucristo, del cual recibía toda la virtud y eficacia, y que aquella oblation era sin embargo un verdadero sacrificio. Luego la Eucaristía, que ellos llaman cena del Señor, y que es al mismo tiempo una conmemoración de la muerte de Jesucristo, es tambien un sacrificio propio y riguroso. Es un absurdo empeñarse en que la figura anticipada ó profética de la muerte de Jesucristo, era un verdadero sacrificio, y que la figura conmemorativa, que no es una simple figura, no sea realmente un sacrificio.

Pero ¿qué hicieron los protestantes? Para pervertir todas las ideas y separar la atención de los fieles del punto en cuestión, cambiaron los antiguos nombres de eucaristía, oblation, sacrificio y hasta en el de cena, para dar á entender que esta ceremonia no es la conmemoración, ni la renovación de la muerte del Salvador, ni la representación de la cena ó *convite*, que celebró con sus apóstoles la víspera de su muerte. En los artículos CENA y EUCARISTIA, § 3, hicimos ver que este es un abuso malicioso. «Todas las veces, dice S. Pablo, que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor.» *Epist. 1ª á los Corint.*, xi, 26. No dice, anunciareis la última cena del Señor. Esta se había ya acabado, habían ya comido el orden pascual, cuando Jesucristo tomó el pan y el vino, los bendijo y los consagró, y distribuyó entre sus apóstoles, diciendo: *Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros; esta es mi sangre, que será derramada por vosotros*; luego esta acción representativa de la muerte que debía sufrir al día siguiente era ya un verdadero sacrificio; luego esta misma acción repetida después por los apóstoles según les había prevenido su divino

Maestro, es también un verdadero sacrificio.

Finalmente, los protestantes que confiesan que las oraciones, las alabanzas, las acciones de gracias, las limosnas, son sacrificios impropios, llevaron el empeño hasta el extremo de no querer confesar que la Eucaristía, rito conmemorativo o representativo de la muerte de Jesucristo, es por lo menos un sacrificio impropio, porque conocieron que si lo confesaban pronto se verían en la precisión de confesar también que es un verdadero sacrificio en el sentido más propio y rigoroso. Y ¿qué prueba una afectación tan ridícula? Que ven la verdad y huyen de ella.

Beausobre, aunque de los artificiosos, dice que en los primeros siglos se llamó sacrificio, no solo el pan y el vino consagrados, sino también toda la ofrenda de pan y vino que hacían los fieles, de la cual se tomaba una parte para la comunión, y lo demás servía de alimento para el clero y para los pobres. En prueba de ello cita la liturgia de que se hace mención en las *Constituciones apostólicas*, lib. 8, cap. 13, donde el obispo pide á Dios por los dones que fueron ofrecidos al Señor para que los reciba como un sacrificio de agradable olor: palabras semejantes á las de S. Pablo, en la *Epist. á los Filip.*, iv, 18, donde llama sacrificios las limosnas de los fieles. *Hist. del Manic.*, t. 2, lib. 9, cap. 5, § 4.

Pero este crítico confunde malamente la liturgia de las *Constituciones apostólicas* con la de Santiago, y comete una falsificación. La oración que cita la pronuncia el obispo únicamente sobre la porción de las ofrendas en que acaba de profesar las palabras de la consagración. Luego solo esta porción consagrada de este modo es lo que se llama sacrificio; y se puede convencer á cualquiera de esta verdad solo con presentar el pasaje. Si hubiera consultado y comparado la liturgia de Santiago ó de Jerusalén con todas las demás liturgias de las Iglesias de Oriente y Occidente, hallaría los nombres de *oblation*, sacrificio, altar y *hostia ó víctima*, empleado también en el mismo sentido propio y riguroso. El P. Le Brun lo hace ver de un modo incontestable en su *Explicación de las ceremonias de la Misa*, tom. 6, *Dissert.* 12, art. 1, página 376 y siguientes.

Mosheim, más sincero que Beausobre, confiesa que desde el siglo II se miró la oblation y consagración de la Eucaristía como un sacrificio; pero también se acostumbraba á considerarla en este sentido desde el principio de los apóstoles.

¿Qué le falta en efecto para merecer este nombre? Hay un sacerdotote principal que es

Jesucristo, quien se ofrece á su Eterno Padre por mano de un hombre que hace sus veces y le ofrece en nombre de Jesucristo. Hay una víctima, que es el mismo Jesucristo. Hay una inmolación, pues que Jesucristo está allí en estado de muerte, y su cuerpo se representa como separado de su sangre: y la ceremonia se sigue la comunión ó convite común, en el cual se alimentan los asistentes con la carne de la víctima. ¿Qué diferencia entre estas ideas y la frívola representación de una cena para excitar la piedad de los fieles?

V. *Sacrificios de los paganos.* A los pueblos que perdieron una vez de vista las lecciones de la revelación primitiva y cayeron en el politeísmo, les fué imposible conservar un culto razonable. Suponia espíritus ó inteligencias en todas las partes de la naturaleza, que llamaba dioses ó demonios, y la multitud de estos nuevos seres bastó para degradar la Divinidad. Los paganos los concebían como personajes dotados de un conocimiento y de un poder muy superior al de los hombres, aunque sujetos á todos los gustos, á todas las pasiones, á todas las necesidades y vicios de nuestra naturaleza. ¿Y cómo hubiera podido hacerlo de otro modo? Nosotros mismos á pesar de las ideas puras y espirituales que del Dios verdadero nos da la revelación, nos vemos también precisados, hablando de sus atributos, á expresarlos con las mismas palabras que significan las cualidades humanas. Véase *ASTROGONOMICA*. Los pueblos estúpidos suponían, pues, dioses varones y hembras, que se casaban y tenían hijos; dioses ansiosos de alimentos, de perfumes, de ofrendas, de honores y de respetos; dioses caprichosos, envidiosos, iracundos, y muchas veces maldicos, porque veían en los hombres estos vicios.

Los sacerdotes babilonios habían persuadido á su monarca y al pueblo que el Dios Bel ó Belo comía y bebía. *Dan.*, cap. 14. Los que no estaban engañados de este modo, se persuadían que los dioses se alimentaban con el olor de los perfumes y el humo de las víctimas, y que venían á gozar de ello en el templo y en los altares donde les ofrecían sacrificios: cuando los paganos comían las carnes de las víctimas, se figuraban que comían con los dioses, y aun no usaban de comida ninguna que no hubiesen ofrecido á los dioses. De aquí provino el escrupulo de los primeros cristianos que no se atrevían á comer las carnes de los animales, por el temor de participar de la superstición de los paganos, véase *INOLTRITUS*; y las palabras de san Pablo: « No podéis participar de la

mesa del Señor y de la de los demonios.» *Epist. 1.ª á los Corint.*, x, 21.

Los mismos filósofos habían adoptado esta opinión. Porfirio, en su *Tratado de la abstención*, dice que por lo menos los demonios de la mas mala especie gustaban de alimentarse con el olor de las víctimas; y en esto seguían la opinion común; muchos PP. de la Iglesia no titubearon en suponer que era así, porque les proporcionaba un argumento para demostrar la locura de los paganos, que en vez de adorar al Dios verdadero, dirigían su culto á los demonios malos. Pero los críticos que tuvieron la osadía de atribuir el mismo modo de pensar á los judíos respecto al verdadero Dios, se excedieron en su temeridad, se olvidaron de que los judíos tenían una idea de Dios enteramente distinta de la que los paganos habían formado de sus pretendidos dioses. *Cudworth, Syst. intel.*, t. 2, c. 5, § 33; *Dissert. de Cena Domini*, c. 6, § 6. En toda la Sagrada Escritura no se halla por otra parte ningún hecho ni reconvenção que dé lugar á semejante acusación. Véase el § III de este artículo.

Es muy cierto, para vergüenza de la humanidad, que todos los pueblos politeístas tuvieron la bárbara costumbre de ofrecer á sus dioses víctimas humanas. Los fenicios, los sirios, los árabes, los antiguos egipcios, los cartagineses, los tracios, los antiguos escitas, los galos, los germanos y los bretones eran reos de este crimen; y no se abstendían de cometerlo á pesar de su ilustración los griegos y los romanos. Entre los antiguos pueblos del Norte, como los sármatas, noruegos, los islandeses, suevos y los escandinavos era frecuente la misma abominación: en estos últimos siglos se halló también entre algunos negros y en los pueblos de la América, y hasta entre los peruanos y mejicanos, sin embargo de ser los menos salvajes de aquella parte del mundo. La nueva *Demonstración evangélica* de Juan Leland, las *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, el *Esíritu de los usos y costumbres de los diferentes pueblos*, las *Investigaciones históricas sobre el Nuevo Mundo* y la *Hist. de la Acad. de las Inscrip.*, t. 1, en 12.ª, p. 37, etc., nos dan á la vista las pruebas de un hecho tan odioso. Un sabio académico quiso ponerlo en duda, y se vió oprimido por la multitud y la evidencia de las pruebas; *ibid.*, p. 61.

¿Cuál pudo ser el origen de esta barbarie? Los sabios se dividen en esta materia. Uno de los que acabamos de citar se persuade de que la costumbre de inmolár á los hombres pudo provenir de un conocimiento imper-

fecto del sacrificio de Abraham; pero pudieran tener conocimiento alguno de la historia de Abraham los islandeses, los americanos y los negros? Es preciso, pues, recurrir á otras causas, y son muchas las que pudieron haber contribuido á ello.

1.º El embrutecimiento de los pueblos antropófagos. Un instinto natural inclinó á todos los hombres á ofrecer á Dios los alimentos que tomaban, porque reconocían haberlos recibido de su mano; y los que no vivían mas que de frutas y legumbres, no conocieron los sacrificios sangrientos; los que subsistían de la caza, de la pesca y de apacentar rabaños, ofrecían la carne de los animales; los que llevaron la brutalidad hasta el extremo de comer carne humana, creyeron que esta sería un presente agradable á los dioses, porque para ellos era un manjar exquisito.

2.º Los furores de la venganza. Entre las naciones salvajes son crueles las guerras. La venganza es siempre ardor, y todos son por hábito enemigos los unos de los otros. Un enemigo que cae prisionero es atormentado con horrosa barbarie, y despues comido con toda ceremonia: las relaciones de los viajeros están llenas de estas escenas de horror. Estos pueblos sanguinarios han llegado á persuadirse de que los enemigos de su nación eran también enemigos de sus dioses, y que estos verían la sangre de sus enemigos rociar sus altares con tanto placer como ellos mismos tenían en derramarla. Un día de asesinato es para ellos una fiesta, y es preciso que le presida la Divinidad. Las palabras latinas *hostia* y *victima* significaron en su origen un enemigo vencido y por consiguiente sujeto á la muerte: la palabra hebrea *zebach*, y la griega *boza* solo significan lo que ha sido muerto.

3.º El abuso de un principio verdadero del cual dedujeron una consecuencia falsa. Pensaron que el que ha ofendido á la Divinidad merece la muerte, así como el que turba la sociedad con sus crímenes. Viendo quitar la vida en los suplicios á los criminales para vindicar la sociedad, creyeron también que su suplicio podía calmar la cólera de los dioses, y como miraban las calamidades públicas como un efecto de la ira de los dioses, imaginaron que matando á un reo, cargándole con las impresiones é iniquidades del pueblo, se calmaria el cielo irritado. La palabra *supplicium*, que significa el castigo de un criminal y una oración pública, parece asegurar que no se hacia lo uno sin lo otro, y que así al principio solo sacrificaban á los culpables. Pero una vez introducido éste uso

fué fácil que llegasen á inmolrar á los inocentes, por lo menos á los extranjeros, puesto que los miraban á todos como enemigos y objetos de averión.

4.º El dogma de la inmortalidad del alma mal considerado y peor concebido. Los que pensaban que los hombres después de la muerte tenían aun las mismas necesidades, las mismas pasiones y las mismas inclinaciones que durante su vida, se figuraron que era preciso inmolrar á sus manes los enemigos que habían muerto, las esposas que ellos habían amado, y los esclavos que los habían servido, para que pudiesen disfrutar en el otro mundo los mismos placeres y las mismas ventajas de que habían gozado en la tierra. Por la misma razón solían enterrar con ellos sus armas, los instrumentos de las artes y los adornos que usaron durante su vida.

Fácil es comprender todas las consecuencias que debieron resultar de todas estas causas diferentes, atendida la diversidad del genio de los pueblos, y cuántas muertes fueron capaces de producir en el universo.

Con las lecciones de la revelación primitiva quiso Dios prevenir todos los errores y todos los abusos. Hay motivos para pensar que antes del diluvio solo vivían los hombres con los frutos de la tierra y con el leche de sus rebaños. Gé. 1.º, 29; iv. 3 y 4. Cuando después del diluvio permitió Dios á Noé y á sus hijos alimentarse con la carne de los animales, les prohibió el uso de la sangre, y principalmente de derramar sangre humana, ix. 3 y 6. Después de haber vendido Abraham á los reyes de la Mesopotamia, después de haberles tomado sus despojos y los prisioneros que habían hecho, no usa con ellos de ningún género de venganza, y les muestra al contrario un completo desinterés, xiv. 22. Cuando Dios mandó á este patriarca que le inmolase su hijo único, no fué por ira ni por venganza, sino por experimentar su obediencia, y todo terminó con el sacrificio de un cordero, xxii. 12 y 13. Moisés no propone expresamente el dogma de la inmortalidad del alma, porque ya era entonces generalmente creído. En todos los libros sagrados se representa á Dios como un padre tierno y misericordioso, que no quiere la muerte del pecador sino su conversión; que perdona al que está verdaderamente arrepentido, y prefiere á todas las víctimas la penitencia de corazón.

En su ley prohibe severamente á los judíos imitar á las naciones de la Palestina, que inmolaban sus hijos á sus dioses. « Vosotros, dice, no haréis lo mismo con vuestro Dios;

no añadiréis, no quitaréis nada á lo que yo os mando. » Deut., xii. 30 y siguientes. Hablando también de esta abominación, que había contaminado á los judíos á pesar de su prohibición, y reprendiendo los crímenes de los idólatras, dice el Salmista que estas son sus propias invenciones. Salm. 80, v. 13; salm. 98, v. 8; salm. 105, v. 29 y 39. Por consiguiente nada había en la ley que pudiese dar margen á los sacrificios de sangre humana. Un poeta gentil observa que el primero de los crímenes en materia de religión fué la ignorancia de la naturaleza divina.

Hos, prima scelerum causæ mortalibus ægris,  
Naturam osæ nosse Deum. (Sil. Ital., lib. 4.)

Ahora bien, los judíos tenían una idea del verdadero Dios enteramente distinta de la que habían formado los paganos de sus dioses imaginarios.

Los incrédulos, que quisieron ver los sacrificios de sangre humana en el anatoma de que se habla en el Lev., xxvii. 25 y 29, en el saqueo de los madianitas, en el robo de Jephthé, en la muerte de Agag, y en el suplicio de los reyes de Palestina mandado por Josué, han pervertido el sentido de todas las palabras y jugaron con el lenguaje. Lo mismo han hecho cuando representaron el suplicio de los apóstatas, mandado por la Inquisición, el de los herejes turbulentos y sediciosos, y las muertes cometidas en las guerras de religión, etc., como sacrificios de sangre humana. Véase GUERRAS DE RELIGION. Querían rebelar los ánimos de todos contra la religión, y solo consiguieron indisponerlos contra sí mismos. Véase ANATEMA. \* [Véase también al conde de Maistre, *Veladas de San Petersburgo*, SOBRE LOS SACRIFICIOS.

He aquí evacuada la referencia que se hace en este paréntesis: — « ¿Hay por ventura alguna verdad que no se encuentre en el paganismó, aunque sea adulterada y corrompida? El reconoce muchedumbre de dioses y señores ridículos, así en el cielo como en la tierra, y á cuyo favor y amistad quiere que aspiren los hombres; pero también reconoce un solo Júpiter, á quien llama Dios Supremo, primer Dios, el muy grande, la perfección de la naturaleza, el que da movimiento al universo, el Padre, el Rey, el Emperador, el Dios de todos Dioses y de los hombres, el Padre Todopoderoso, etc.

También creen los paganos que Júpiter solo puede ser adorado en un modo conveniente con Pálas y con Juno, siendo el culto de los tres indivisible por naturaleza. Y según Platon, si discurremos prudentemente

sobre Dios jefe de las cosas presentes y futuras, y sobre el Señor Padre jefe de la obra y de la causa, le veremos tan clara y distintamente cuanto es permitido al hombre dotado de la mayor penetración (1).

El mismo Platon dice: « Que el gran Rey, estando en medio de las cosas, y siendo todas hechas por él, pues es el autor de todo bien, el segundo Rey está sin embargo en medio de las cosas segundas, y el tercer Rey en medio de las terceras (2). »

Asimismo creían los paganos que Minerva había salido de la cabeza de Júpiter, y Vénus de las aguas; que esta se volvió á ellas con motivo del diluvio, durante el cual todo se convirtió en mar, y el mar quedó sin límites, y que salió en fin de su residencia bajo la forma de una paloma que se hizo famosa en todo el Oriente. Estaban igualmente persuadidos de que cada hombre tenía su genio conductor é iniciador, que le servía de guía al través de los misterios de la vida; que Hércules no podía remontarse al Olimpo, ni casarse allí con Hebe, sino después de haberse consumido por el fuego en el monte Eta todo cuanto tenía de humano; que Neptuno manda al mar, y Eolo á los vientos encadenándolos; que los héroes que han merecido el reconocimiento de los hombres, particularmente los fundadores y los legisladores, tenían derecho á ser declarados dioses; que cuando el hombre está enfermo, es menester dulcificar ó encantar el mal por medio de palabras poderosas, sin desatender por ello los recursos de la medicina material; que la medicina y la adivinación están estrechamente unidas; que los dioses habían venido algunas veces á hablar y comer con los Buenos, y descendido sobre la tierra para explorar los delitos de los hombres; que todas las naciones, ciudades y hasta las más pequeñas poblaciones tenían sus patronos; que Júpiter ejecutaba infinitas cosas sobre la tierra por ministerio de los genios; que los elementos que influyen en los imperios eran presididos igualmente que estos por ciertas divinidades.

Esta fué la creencia de los antiguos, estos los dogmas de los paganos, y estas finalmente las reglas de su conducta, como lo atestiguan autores profanos y cristianos. Y siendo así, ¿cómo podremos dejar de convenir en que en el paganismó se hallan principios de la verdadera creencia, aunque desgraciadamente adulterados y corrompidos?

(1) Platon, Epist. vi ad Herm. Erast. et Corisc. Op., tom. XI, pág. 92.

(2) Epistém. epist. 41 ad Dionis. Ibid., tom. XI, p. 69.

¿Cómo negar á vista de su creencia comparada con la nuestra, que se contentan en ella dogmas revelados, por más que estuviesen desfigurados con miles de fábulas, inventadas por la miserable degradación de aquellos hombres? ¿Cómo, finalmente, persuadirnos de que el paganismó se hubiese equivocado acerca de una idea tan universal y tan fundamental, cual lo es la de los sacrificios, es decir, de la redención por la sangre? El linaje humano no podía adivinar que necesitaba de sangre, y por consiguiente no podía decidirse á los sacrificios que la naturaleza había de repugnar. ¿Qué hombre entregado á sí mismo era capaz de imaginar la inmensidad de la caída y la inmensidad del amor reparador? Sin embargo de ello, todos los pueblos de la tierra, confesarlo han ó menos claramente esta caída, y han confesado también al mismo tiempo la necesidad y la índole del remedio.

Tal ha sido constantemente la creencia de los hombres; y aunque haya sido modificada en la práctica según el carácter de los pueblos y de sus cultos, ha dimanado siempre de un mismo origen. Todas las naciones han estado de acuerdo acerca de la eficacia maravillosa del sacrificio voluntario de la inocencia que se consagra ella misma á la Divinidad, como una víctima propiciatoria. Siempre han considerado los hombres como de valor inexplicable esta sumisión del justo, mediante la cual se entrega á los padecimientos, y por ello Séneca, después de haber pronunciado su famosa expresión: *Ecce par Deo dignum! Vir fortis cum mala fortuna composuit*, añade, *utique si et provocavit*.

Cuando los feroces carceleros de Luis XVI, preso en el Templo, le negaron hasta una navaja para afeitarse, el criado fiel que nos ha trasmitido la historia de esta larga y cruel cautividad, le dijo: « Señor, presentaos á la Convención nacional con esa barba larga, y sabrá el pueblo por este medio el modo con que aquí se os trata. » A lo que el rey le respondió: *Yo de ningún modo debo buscar medios para interesar por mí suerte* (1). ¿Qué es lo que succidia entonces en este corazón tan puro, tan sumiso, y bien dispuesto? La augusta víctima parece que temía escapar del sacrificio, ó de disminuir su perfección. ¿Qué aceptación tan grande! ¿y cuánto ha de haber merecido!

Llamemos también á la experiencia en apoyo de la teoría y de la tradición, porque los cambios más felices que ocurren entre las

(1) Relation de Mr. Clerr, pág. 473.

naciones, son por lo comun adquiridos á costa de catástrofes, en las cuales suele ser víctima la inocencia. La sangre de Lucrecia derrocó los Tarquinos, la de Virginia á los decemvros. Cuando los partidos pugnan en una revolución, y alguno de ellos sufre el sacrificio de víctimas preciosas, se puede asegurar que el partido á que pertenecen acabará por triunfar á pesar de todas las apariencias en contrario.

« Si la historia de las familias fuese conocida, á la manera que lo es la de las naciones, nos suministraría sin duda muchas reflexiones de esta especie; y descubriría, por ejemplo, que las familias que mas duran son aquellas que han perdido mas individuos en la guerra. Un antiguo dijo: *Al infierno y á la tierra les bastan estas víctimas* (1). Los hombres mas instruidos podrán decir: *El justo que da su vida en sacrificio, verá una larga posteridad* (2).

« La guerra misma, manantial inagotable de reflexiones, concurre á apoyar esta verdad bajo de un punto distinto de vista, y los anales de todo los pueblos están conformes en demostrarlos que este azote terrible castiga siempre con una violencia proporcionada á los vicios de las naciones, y que cuando ha habido un exceso de crímenes, ha habido tambien un derramamiento proporcional de sangre. *Sine sanguinis effusione non fit remissio peccatorum* (3).

« La redención, como se ha dicho en las *Veladas*, es una idea universal. Siempre y en todas partes se ha creído que el inocente podía satisfacer por el culpado (útiq; si et provocavit); pero el cristianismo ha rectificado esta y otras mil ideas, que aun en su estado negativo le habian dado con anticipación testimonios los mas decisivos. Bajo de esta ley divina, el justo (que jamás creyó serlo) procura sin embargo aproximarse á su modelo por este lado doloroso. Se examina, se purifica y hace sobre sí mismo esfuerzos que parecen mas que humanos, para obtener la gracia de poder restituir lo que no ha robado (4).

« Mas el cristianismo, aunque atestigua el dogma no le explica bastante, á lo menos públicamente, y así vemos que sus primeros iniciados se ocuparon mucho en descubrir la secreta base de esta teoria. Orígenes es digno de ser oído sobre un particular que habia

(1) Jerem., sat. VIII, 257.

(2) Qui inquietum non fecerit... si possent per peccato animam suam, videret semen longævum. II, LU, 9, 10.

(3) Hebr., ix, 22.

(4) Que non rapui, evolvalem. Ps. LVIII, 8.

meditado profundamente. El dice: *Que la sangre derramada sobre el Calvario, no solo habia sido útil á los hombres, sino á los ángeles, á los astros y á los seres criados* (1). Esto no causará sorpresa á quien recuerde lo que escribió S. Pablo: *Ha querido Dios reconciliar todas las cosas por medio de aquel que es el principio de la vida, y el primer nacido entre los muertos, habiendo pacificado por la sangre que derramó sobre la cruz, no menos lo que hay en la tierra que lo que existe en el cielo* (2). Y si todas las criaturas *horaban* (3) siguiendo la profunda doctrina del Apóstol, ¿por qué todas no habian de ser consoladas? El grande y santo impugnador de Orígenes nos enseña, que á principios del siglo V de la Iglesia estaba admitida la opinion de que la redención habia alcanzado tanto al cielo como á la tierra (4); y S. Juan Crisóstomo ninguna duda tiene de que el mismo sacrificio continuado hasta la consumacion de los siglos, y celebrado diariamente por ministros legítimos, obra igualmente en favor de todo el universo (5).

« Tal era la inmensa extension que veía Orígenes en el grande sacrificio. « El Apóstol nos ha declarado, dice, que esta teoria comprende misterios celestiales cuando habla así: *Era necesario que lo que solo era figura de cosas celestiales, fuese purificado por la sangre de los animales, y que las celestes mismas lo fueran por víctimas mas excelentes que las primeras* (6). Contemplad la expiación de todo el mundo, es decir, de las regiones celestes, terrestres é inferiores, y ¡ved cuánta necesidad tenían tambien de víctimas!.... pero tan solo el divino Cordero ha podido quitar los pecados del mundo (7).

« Por lo demás, aunque Orígenes haya sido un grande autor, un grande hombre y uno de los mas sublimes teólogos de cuantos han ilustrado la Iglesia, segun Bossuet, no pienso defender cada linea de sus escritos, bastándome cantar con la Iglesia romana:

La guerra, el mar, los astros elevados,  
Con tan preciosas sangre son lavados,  
(Himno del oficio de Viernes Santo.)

« No puedo sin embargo admirar bastante

(1) Orig., op. tom. IV, p. 418.

(2) Colos., 1, 20. Epiet., 1, 10.

(3) Rom., VIII, 22.

(4) Div. Hier., epist. lxx ad Avitum, cap. 1, v. 22.

(5) Nosotros sacrificamos por el bien de la tierra, del mar y de todo el universo. Rom. LXX in Joh. 1. Y S. Francisco de Sales, en el libro 5º de sus cartas, para dar á entender que la redención habia salido de los límites de nuestro planeta, no duda decir que Jesucristo habia padecido principalmente por los hombres, y en parte por los ángeles.

(6) Hebr., ix, 25.

(7) Orig., Rom. XXIX in Num.

los extraños escrúpulos de ciertos teólogos que se resisten á la hipótesis de la pluralidad de mundos, por miedo de que falsee el dogma de nuestra redención. Segun ellos, debemos creer que viajando el hombre por el espacio de su triste planeta colocado entre Marte y Venus, es el único ser inteligente del sistema, y que los otros planetas no son mas que globos sin vida y sin objeto, lanzados en el espacio por el divino Criador. Jamás ha podido presentarse al linaje humano un pensamiento mas mezquino. Demócrito decia en su tiempo en cierta conversacion muy célebre: « ¡Oh caro amigo mio! Guardaos bien de achicar bajamente en vuestro espíritu á la naturaleza que es tan grande. « No tendríamos ciertamente disculpa si despreciásemos esta prudente advertencia, mayormente viviendo en el seno de la luz, y pudiendo contemplar á su claridad la inteligencia Suprema, en lugar del vano fantasma de la naturaleza. No juzguemos pues tan mezquinamente del Ser infinito, poniendo ridiculos limites á su amor y poder. « Hay por ventura cosa mas cierta que esta proposicion: *Todo ha sido hecho por y para la inteligencia?* « Un sistema planetario ¿puede ser otra cosa que un sistema de inteligencias? Y cada planeta en particular ¿puede ser otra cosa que la morada de una de estas familias? ¿Qué hay pues de comun entre Dios y la materia? ¿El polvo lo comprende por ventura (1)?

« Si los habitantes de los otros planetas no fueron culpables como lo fuimos nosotros, no tuvieron necesidad del mismo remedio; y si por el contrario este remedio les es necesario ¿temen esos teólogos, de quienes he nos ha salvado, no pueda elevarse hasta la luna, y á todo el sistema planetario? ¿Cuánto mas penetrante y comprensivo es el golpe de vista de Orígenes al decir: *El altar se levantó en Jerusalem; y mas la sangre de la víctima se derramó por todo el universo* (2)?

« En medio de ello, no se atrevia á publicar Orígenes todo lo que sentia en la materia. « Para hablar, decia, acerca de la víctima de la ley de gracia ofrecida por Jesucristo, y para hacer comprender una verdad que excede á la comprension humana, se necesitaría nada menos que de un hombre perfecto, acostumbrado á juzgar del bien y del mal, y que se hallase con derecho para decir por un movimiento de la verdad: « Nosotros predicamos la sabiduría á los perfectos. Aquel de quien san Juan dijo: *He aquí el Cordero Dios que*

(1) ¿Nupquid confitebitur tibi pulvis? Ps. XXXI, v. 10.

(2) Orig., tom. I in Levit., n. 3.

quita los pecados del mundo.... ha servido de expiación segun ciertas leyes misteriosas, habiéndose dignado someterse á la muerte en virtud de su amor por los hombres, y libertarnos con su sangre del poder que nos habia seducido y al que estábamos venidos por el pecado (1).

« De esta redención General Orígenes por el grande sacrificio, desciendo Orígenes á las redenciones particulares, que podemos llamar disminuidas, pero cuyo origen es siempre el mismo. « Otras víctimas, añade, se ofrecian á las ya dichas: estas son los generosos mártires que han dado igualmente su sangre. ¿Mas dónde está el sabio que sea capaz de comprender estas maravillas, y que tenga inteligencia bastante para profundizarlas? Se necesitan investigaciones profundas para formar un pequeña aunque imperfecta idea, mediante la cual pueda concebirse cómo estas clases de víctimas purifican á aquellos para quienes son ofrecidas (2); y porque los juicios de Dios son muy profundos, y no le es dado al hombre explicarlos, y en la temeridad de este empeño han encontrado su caída no pocas almas. El que mata... un animal venenoso... es sumamente benéfico para todos aquellos á quienes la bestia hubiese dañado á no haber sido muerta.... así nosotros creemos que la muerte de los santos mártires destruye un influjo malfélico... y que procura á un gran número de hombres auxilios maravillosos en virtud de una fuerza que no puede ser explicada (3). « Las dos redenciones, pues, no se diferencian en su naturaleza sino solamente en la excelencia y resultados, segun el mérito y el poder de los agentes; á la manera que, como se ha dicho en las *Veladas* tratando de la inteligencia humana, difieren entre sí como dos figuras parecidas, aunque de dimensiones notablemente desiguales.

« Concluamos fijando la atencion en una de las mas bellas analogías. El hombre culpable no podía ser absuelto sigo por la sangre de las víctimas. Siendo, pues, esta sangre el lazo de reconciliacion, el error antiguo imaginó que los dioses acudian do quiera que era derramada sobre los altares (4), lo cual

(1) Rom. VII, 14. Orig., op. tom. IV. Comment. in Evang. Joh., tom. VI, cap. XXIII, XXXI, págs. 151 y 155.

(2) Los mártires administran la remision de los pecados. Su martirio, á la manera del de Jesucristo, es un bautismo que expia los pecados de muchos; y nosotros pedimos en algun modo ser redimidos por la sangre de los mártires como por la sangre preciosa de Jesucristo. Bossuet, meditaciones para el tiempo del jubileo, punto 5º segundo de Orígenes, en su exhortacion al mártirio.

(3) Orig., ubi supra.

(4) Porpuler, de abst., lib. II. Orig., adv. Gels., lib. III.

no negaron nuestros primeros doctores, creyendo á su vez que los ángeles acudían adonde se derramaba la verdadera sangre de la Víctima verdadera (1). Por una continuación de las mismas ideas sobre la naturaleza y eficacia de los *sacrificios*, veían también los antiguos alguna cosa misteriosa en la comida del cuerpo y de la sangre de las víctimas. Esto contenía en su sentir el complemento del sacrificio y el de la unidad religiosa, de tal modo que los cristianos rehusaron por mucho tiempo probar las carnes inmoladas, para que no se creyese que, comiéndolas, reconocían las falsas divinidades á que se habían ofrecido (2).

» Mas esta idea universal de la *comunión por la sangre*, aunque viciosa en su aplicación, la creo sin embargo justa y profética en su origen así como aquella de la cual derivaba.

» Entró en los incomprensibles designios del amor del Todopoderoso perpetuar hasta el fin del mundo, y por medios superiores á nuestra comprensión, este mismo sacrificio ofrecido materialmente una sola vez por la salvación del género humano. Habiendo la carne separado al hombre del cielo, quiso Dios revestirse de carne para unirse al hombre por aquello mismo que le separaba de él; pero esto era todavía muy poco para una bondad inmensa que atacaba una inmensa degradación. Esta carne divinizada al hombre bajo forma que el rehusar comerlo lo vivirá (3). A la manera que la palabra no es en el orden material mas que el encandeamiento de ondulaciones circulares excitadas en el aire, percidas en todos los planos imaginables á las que advertimos en la superficie del agua golpeando en un punto, y llega sin embargo en su misteriosa integridad al oído herido en todos los puntos del fluido agitado; del mismo modo la esencia corporal de aquel que se llama palabra, cual rayo salido del centro del soberano poder que existe en todo, entra toda entera en cada boca, y se multiplica hasta lo infinito sin dividirse para ello. Mas rápida que el relámpago, mas activa que la pólvora, la sangre teándrica penetra las entrañas culpables para extinguir sus manchas (4). Llega hasta los desconocidos con-

(1) Christoi., hom. III in ep. ad Ephes. S. Agust. serm. lxxvii.

(2) Porque todos los que participan de una misma víctima son un mismo cuerpo. epist. I Cor., X, 17.

(3) Juan., vi, 51.

(4) Adhæret visceribus meis, ut in me non remaneat secretum macula. (Ordinario de la Misa.)

fines de las potencias irreconciliablemente unidas (1); y donde los movimientos del corazón (2) atacan la inteligencia y la oscurecen.

» Por una verdadera afinidad divina se apodera de todos los elementos del hombre, y los trasforma sin destruirlos. » Debe causar ciertamente la mayor admiración que el hombre pueda remountarse hasta Dios; pero hé aquí otro prodigioso manifiesto, y es que Dios desciende hasta el hombre. No contento aun con esto, y para pertenecer mas de cerca á su criatura querida, entra en el hombre, el cual llega á ser templo habitado por la Divinidad. (3). » Maravilla inconcebible, pero al mismo tiempo plausible y capaz de satisfacer á la misma razon que confunde. No hay en todo el mundo espiritual analogía mas magnífica, proporcion mas admirable de intenciones y de medios, de efectos y de causas, de mal y de remedio. Nada hay, en fin, que demuestre de una manera mas digna de Dios lo que el género humano ha confesado siempre, aun antes de haberlo conocido. Su degradación radical, la reversibilidad de los méritos de la inocencia pagando por el culpado, y la salvación por la sangre. »

**Sacrilegio.** Palabra formada de *sacra* y de *legere*: significaba acción de amontonar, tomar ó quitar las cosas sagradas: el que comete este crimen se llama *sacrilegio*, *sacrilegus*. En el *lib.* 2 de los *Macab.*, iv, 39, se dice que Lisimaco cometió en el tiempo muchos *sacrilegios* y robó muchos vasos de oro.

También se toma esta palabra en la Sagrada Escritura por la profanación de una cosa, ó de un lugar sagrado, y por la idolatría; así se llamó el crimen de los israelitas que por agrandar á las jóvenes mediantinas cayeron en la adoración de Baalgor. *Núm.* xiv, 18.

El *sacrilegio* no sólo acata á la religión, sino también á la sociedad, cuyo orden, seguridad y reposo se fundan en la religión, que es la verdadera salvaguarda de las leyes; y huió jamás sociedad alguna sin religión? Profanar lo que todo el mundo hace profesión de respetar, es un insulto contra el cuerpo mismo de la sociedad, y todo el mundo tiene derecho á resentirse de esta injuria. Digan lo que quieran por su interés los filósofos incrédulos, es falso que el *sacrilegio* no debe ser castigado sino con la privación de las ventu-

(1) Uscue ad divisionem animi et spiritali. (Habr., iv, 42.)

(2) Intentiones cordis. (Ibid.)

(3) Miraris homines ad Deum ire? Deus ad homines venit, imo (scd) propius est) IN HOMINES VENIT. (Sen., epist. lxxxv. INIUS CHRISTUS INEST, ET INOBSERVABILIS NUMEN. (Vid. in him. Euchari.)

ras que proporciona la religión. Un impio que desprecia estas ventajas será capaz de insultar á todo el mundo. Si se castiga el *sacrilegio* con mas severidad que los otros delitos, no es por vengar á la Divinidad, es por vengar á la sociedad del perjuicio que la causa y los trasforma sin destruirla. Un hombre religion publica, ni á las leyes. Un hombre capaz de despreciar las amenazas de la religión es incapaz de contenerse con ningún freno. Todos los pueblos civilizados, aunque persuadidos de que la Divinidad castiga tarde ó temprano los crímenes de los emperadores, por establecer su religion, cometieron los protestantes toda especie de *sacrilegios*, y por esto merecieron con justo título la execración de todos los hombres sensatos. Los apóstoles y los primeros cristianos jamás cometieron contra el paganismo semejantes excesos. Si hubo templos destruidos, ídolos arruinados y pretendidos misterios revelados al público, fué por orden de los emperadores, por autoridad pública y no por violencia de los particulares. V. CELSO POR LA RELIGION.

**Saduceos.** Nombre de una de las cuatro sectas principales que subsistían entre los judíos en tiempo de Nuestro Salvador; y se habla de ellos con mucha frecuencia en el nuevo Testamento. No es absolutamente cierto su origen; y los sabios mas ilustrados no pudieron formar sobre esto mas que conjeturas.

Dicen que principió cerca de doscientos sesenta años antes de Jesucristo, cuando Antigono de Socho era presidente del sanhedrin de Jerusalem, y que el mismo fué quien dió márgen á su nacimiento. Como repetía muchas veces á sus discípulos que no se debía servir á Dios con un espíritu mercenario, y por la recompensa, sino puramente por el amor y temor filial que se le debe, Sadoc y Baito ó Boeto, sus discípulos, dedujeron de aquí que no habia que esperar recompensa en la otra vida, que la duración del hombre se reduce á la vida presente, y que si Dios recompensa á los que le sirven, es en este mundo y no en el otro. No les faltaron partidarios de su doctrina y formaron una secta aparte: los llamaron *saduceos* por el nombre de su fundador Sadoc. Se distinguían de los epicúreos en que admitían una omnipotencia que habia criado el universo, y una providencia que la gobierna, en vez de que los epicúreos negaban estas dos verdades.

No se necesita mucha reflexion para conocer lo absurdo de este sistema. Si Dios nos hubiera criado solo para esta vida, ¿en qué nos habria manifestado su bondad, y en qué se habian de fundar el amor y temor filial que le debemos? Claro está que la virtud no siempre es recompensada, ni el vicio es castigado en este mundo: por consiguiente, no habia ningún motivo sólido para ser virtuoso.

Nos dicen que los *saduceos* se limitaron al principio á obrar como los caraitas, que rehusaban las tradiciones de los antiguos y no consultaban sino la palabra de Dios escrita; y como los fariseos eran muy adictos á las tradiciones, eran diametralmente contrarias estas dos sectas. Los primeros abrazaron bien pronto sentimientos impios y perniciosos; negaron la resurreccion futura, la existencia de los angeles y de los espiritus y la de las almas después de la muerte. *S. Mat.*, xxi, 23; *S. Márc.*, xii, 18; *Hech. apost.*, xxiii, 8. Esta conducta de los *saduceos* no es muy propia para confirmar la opinion de los protestantes que los llenan de aplausos, porque rechazaban toda especie de tradicion y solo se adherían al texto de la Sagrada Escritura.

Origenes, en el *L. 1 cont. Celso*, n. 49, y S. Jerónimo, en su *Coment. sobre S. Mat.*, l. 3, c. 22, t. 4, *Op.*, col. 106, dicen que estos herejes, á imitación de los samaritanos, no admitían en la Sagrada Escritura, sino los cinco libros de Moisés. Por eso dice S. Jerónimo, que queriendo Jesucristo refutar su error sobre la resurreccion futura, no les opuso mas que un pasaje sacado de los libros de Moisés, que solo parece probar indirectamente este dogma, cuando hubiera podido alegar otros testimonios mas expresos de los libros de los profetas, que no reconocieran estos sectarios. Escaligero y algun otro, que dicen que los *saduceos* no rechazaban absolutamente á los profetas, ni á los hagiógrafos, sino que les atribuían menos autoridad que á los libros de Moisés, no respondieron sólidamente á la reflexion de S. Jerónimo.

Por otra parte, sabemos que fué costumbre de todos los herejes el rechazar todos los libros que no les eran favorables. Brucker, en su *Hist. crit. de la filosofía*, t. 2, p. 721, dice que si los *saduceos* hubieran rechazado algunos libros del canon de los judíos, los hubieran excomulgado y arrojado de la sinagoga. Se equivocó, porque Josefo, en el *lib.* 18 de sus *Antig. jud.*, c. 2, observa que los *saduceos* constituídos en autoridad no resistían á los fariseos; por consiguiente no dogmatizaban en público y evitaban los ruidos y las disputas: por eso eran tolerados. Además, ¿co-